

34 *El Trapero*
de
Paris

por
N. Koline

25
cms

OBRA/MAESTRA
DEL
CINE





A NUESTROS LECTORES

La empresa editora de la revista EL CINE, a la que pertenece esta publicación, escogió el título de OBRAS MAESTRAS DEL CINE porque respondía de una manera justa a nuestros propósitos y a nuestros planes acerca de lo que ella había de ser.

El público acogió OBRAS MAESTRAS DEL CINE con un cariño que nunca agradeceremos bastante... La nueva publicación, tal como se la ofrecimos, gustó, y rápidamente obtuvo tal aceptación, que nos vimos precisados a aumentar enormemente nuestro tiraje desde los primeros números, hasta llegar a conseguir el honrosísimo lugar que hemos conquistado entre el infinito número de novelas de esta índole que se publican en Barcelona.

Hasta aquí, todo iba muy bien; pero...

Nuestro éxito, que han celebrado con nosotros los que no tenían por qué temerlo, ha sacado de sus casillas, como vulgarmente se dice, a los editores de La Novela Semanal Cinematográfica. Y viéndose impotentes para contrarrestar por los medios lícitos en toda competencia el auge cada día mayor de OBRAS MAESTRAS DEL CINE, han recurrido a procedimientos que no hemos de calificar ni comentar siquiera para obligarnos a cambiar el título de esta publicación. Baste decir que aprovechando la circunstancia de estar registrado un título similar al nuestro, con la agravante de no ser de su directa propiedad, han conseguido que nos veamos precisados a sustituir la cabecera de OBRAS MAESTRAS DEL CINE.

Por consiguiente, anunciamos a nuestros fa-

vorecedores, que a partir del día 3 de enero del próximo año, OBRAS MAESTRAS DEL CINE cambiará este título por el de

La Película Selecta

que, a nuestro juicio, se ajusta como aquél a la índole de esta publicación.

Aun cuando nuestros enemigos esperan ocasionarnos con ello perjuicios definitivos, nosotros estamos seguros de que

La Película Selecta

obtendrá la misma favorable acogida que OBRAS MAESTRAS DEL CINE, puesto que no será más que su continuación.

La conducta de aquellos que fían más el éxito de sus publicaciones en esta clase de artimañas que en su propio valer, nos ha de servir de estímulo. Así, pues, anunciamos a nuestros lectores que

La Película Selecta

aparecerá notablemente mejorada y que, sin alterar su precio, publicaremos en ella las adaptaciones novelescas de las mejores producciones cinematográficas, escritas por nuestros más brillantes literatos.

Leed y propagad

La Película Selecta

NADEJDINE, Sergei

Año I — N.º 34

Barcelona,

22 Novbre 1924

Redacción y

Administración:

Pelayo, 62

Teléfono 4128 A

OBRAS MAESTRAS
DEL

CINE

PUBLICACIÓN SEMANAL

Suscripción:

España 3 pts. tri.

Extrj.º 17 » año

En combinación con la

revista EL CINE

España 250 pt. tri.

Extrj.º 15 » año

N.º ord.º 25 cts

Extraº 50 »

DIRECTOR-PROPIETARIO: FERNANDO BARANGÓ-SOLÍS

El Trapero de París

(LE CHIFFONNIER DE PARIS, 1924)

según la película del mismo título, basada en el argumento de la célebre novela de Felix Pyat.

Edición ALBATROS

Exclusivas: Príncipe Films, S. Ltd.

Aldamor, 7 y 9 - San Sebastián

Representante en Barcelona: José Cavallé

Aragón, 225, pral. 1.ª - Barcelona

REPARTO

María Didier	M.ª Héléne Darly
El padre Juan	M. Nicolás Koline
Enrique Berville	M. René Maupré
Barón Hoffmann	M. Olivier
Clara Hoffmann	M.ª Francine Mussey
La Potard	M.ª E. Cravos

En el París de los tiempos de Luis Felipe, y en una noche lúgubre del más crudo invierno, paseaba por las orillas del Sena el trapero Juan, muy conocido entre los de su oficio.

Era Juan un hombre de regular edad, que desde su infancia había vivido solo y aislado del trato de las gentes en su humilde bohordilla de los barrios bajos de la gran capital, alimentándose casi exclusivamente de los restos que encontrara en su constante deambular por las calles, como esos perros abandonados que husmean en los montones de basura los desperdicios de la comida...

Por contraste con su aspecto exterior, sucio y desarrapado, invitador a cierta prevención contra su persona, el pecho de Juan encerraba un corazón de oro, compasivo y bondadoso, y jamás había cometido acciones denigrantes ni se le podía echar en cara la más leve falta, que cayera dentro de los rigores de la ley.

Aquella noche, como otras, dedicábase el buen Juan a recoger cuanto pudiera luego traducir en unos francos, y después de recorrer la orilla izquierda del Sena, habíase sentado un momento. Para contrarrestar el frío de la noche, sacó la botella de vino, que era su constante compañera, y bebió un trago.

Disponíase a continuar su interrumpido paseo, cuando el rumor de una silenciosa lucha y el tintineo de unas monedas, le dejaron en sus-

penso. Orientóse en las sombras y acudió al lugar de donde procedían los sospechosos ruidos.

Y vió con estupor cómo un hombre inclinado sobre el cuerpo de otro, que yacía tendido en tierra, se dedicaba a registrarle los bolsillos y se disponía luego a huir con el botín conseguido. Juan quiso intervenir en favor del caído y al intentar hacerlo recibió del asesino un tremendo puñetazo que, por unos momentos, le hizo perder la noción de la vida...

—¡Te he reconocido, compañero Pierre Garrousse!—dijo Juan al recuperar sus sentidos. Y arrodillándose junto al moribundo, pudo escuchar su desfallecida voz, que clamaba:

—¿Qué será de mi hija?

Juan intentó animar al herido. Este le miraba con sus vidriosos ojos y le hacía una suprema recomendación.

—¡En la cartera encontrará mis señas!... ¡No abandone... mi pobre pequeña!... Soy Jacques Didier... cajero de...

No halló más. Una violenta convulsión, acompañada de un escalofriante rechinar de dientes, fué la última señal de vida del infeliz asesinado.

El trapero, anonadado por la escena de que casualmente había sido testigo, quedó indeciso sobre el partido que debería tomar, pero los pasos de una patrulla que se dirigía hacia aquel sitio le decidieron a huir de allí, por temor de que al encontrarle al lado del cadáver se le acusara de haber cometido el repulsivo crimen.

Y acordándose de la angustiosa recomendación que Jacques Didier le hiciera antes de mo-

rir, se dirigió a la casa cuyas señas encontró en la cartera del asesinado.

Una preciosa niña, cuya carne parecía amasada con rosas y nieve, dormía en su cunita el sueño de los ángeles, sin sospechar la desgracia que tan de cerca la tocaba.

Tomóla el trapero en sus brazos y cual si llevara un tesoro robado, dirigióse con paso rápido a su miserable bohardilla.

¡El azar le había deparado una hija!

Miróla con ternuras que nunca había sentido y rozó suavemente con sus labios, curtidos por el viento y el frío, el nácar de las mejillas de la pobre huerfanita...

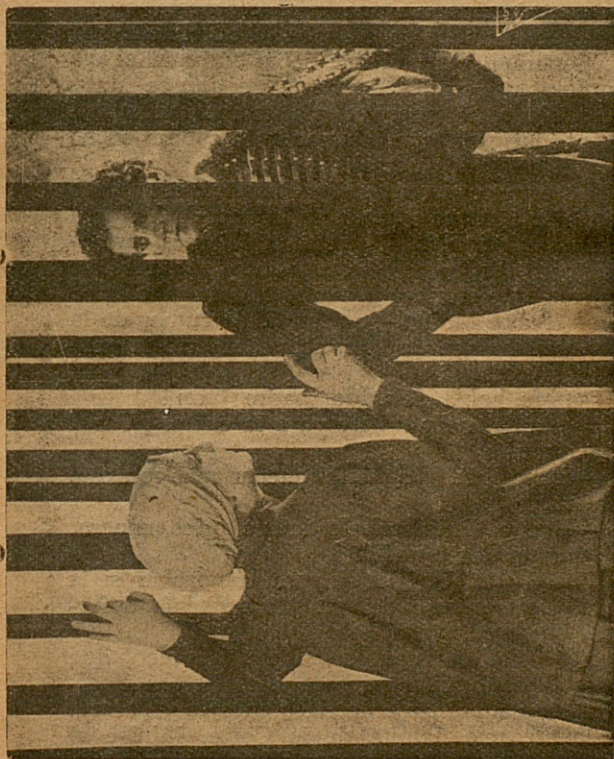
II

Han pasado veinte años.

María Didier, que así se llamaba la hija del infortunado Jacques, confiada a los cuidados del trapero Juan, se ha convertido en una muchacha de espléndida belleza. Esbelta, marchosa, enmarcaba el óvalo perfecto de su cara una preciosa cabellera, negra como la endrina, y en sus ojos se reflejaban las bondades de su alma ingenua.

María amaba tiernamente al trapero, que a su vez correspondía a este cariño con los mismos y cuidados de un verdadero padre. Como a tal le respetaba la muchacha, apellidándole siempre «Padre Juan».

Vivían ambos en una misma casa, Juan en la bohardilla y María en el piso inmediato. Esta se dedicaba a la confección de trajes para



— ¡María! ¿Por que no me dijo usted que tenía un hijo?

señoras, siendo muy estimada de su clientela, pues realmente era una hábil costurera.

Aquella noche se afanaba la muchacha por terminar un vestido, que debía entregar al día siguiente. Después de cerca de quince horas de trabajo, la pobre María estaba tan sumamente fatigada que, apoyando la cabeza en su brazo, se quedó dormida.

De esta conformidad la encontró el trapero al bajar a despedirse de su hija adoptiva para salir a su trabajo. La contempló unos instantes con verdadero arrobamiento y pasándole suavemente la mano por la abundosa cabellera:

—¡Pobre María!—exclamó. Al rumor de la voz y al halago de la caricia, despertó la gentil costurera.

—¡Ma había dormido, padre Juan!

—¡Anda, nena! Vete ya a la cama. ¡Vas a enfermar!

—Imposible. No puedo quedar mal con esta señora.

—Bueno. Pues acábalo de cualquier manera. ¡Te estás deshojando!

Fuése Juan, y María, para comprobar si la línea de conjunto del vestido no tenía defectos, quiso ensayarlo sobre sí misma.

Púsosele. La ropa le sentaba tan bien, que parecía confeccionada para ella. Estaba lindísima con aquel traje de ricos encajes y parecía talmente una damita de la Corte. Miróse al espejo y a sus labios apareció una sonrisa indefinible. ¿De ironía? ¿De coquetería?

Sonaron en la calle las notas de cristal de una mandolina.

Asomóse María a la ventana y vió un grupo

de alegres mascaritas, que la hacían señas de que bajara a la calle.

¡Era Carnaval! La hacendosa muchacha lo había olvidado, preocupada con la terminación del encargo.

Hizo signos negativos a sus solicitadores. Pero éstos, no dándose a partido, subieron a la habitación de María. Constituían la pandilla un grupo de bulliciosas grisetitas, amigas de la hija adoptiva de Juan, acompañadas de alegres jóvenes.

—¡Oh! ¡Qué bella estás con ese traje!—admiraba una.

—¡Tú te vienes con nosotras al baile!—gritaba otra.

—¡Hay que divertirse un poco esta noche de Carnaval!—añadía una tercera.

María comenzó por protestar, argumentando que aquel traje no le pertenecía y que aun tenía trabajo para terminarlo, pero tanto y tanto insistieron los amigos que al fin cedió. ¡Tenían razón! ¡Un día es un día!... Y salió con ellos a la calle, cubriendo su linda cara con un antifaz que la prestaron.

El dios Momo estaba a aquellas horas en el apogeo de su efímero reinado. París entero parecía contagiado de un singular locura. Hombres y mujeres danzaban, corrían y se atropellaban con desenfrenos de delirio; en las calles las comparsas aullaban, más que gritaban, las canciones más atrevidas y canallas; en los cafés, en los tetos, en los cabarets, el ruido y la algarabía eran realmente ensordecedores... Cantos de orgía, taponazos de champaña, estridencias de jazzband, bailes de ritos

insospechados, fiebre de besos y fiebre de incontinencias...

El buen Juan, que se dirigía a su nocturno trabajo, se vió rodeado de un grupo de alegres máscaras, que elevándolo sobre improvisado trono y haciéndole vestir manto y corona, le proclamaron rey y como a tal rindieron pleitesía.

El bondadoso trapero, siguiendo la broma, bebió sin tasa los néctares—vino y cerveza—con que le agasajaban y brindó a la salud de sus *súbditos*, hasta que, perdido el equilibrio, tuvo que ir a refrescar los ardores de su coronada testa en la soledad de los barrios apartados del bullicio carnavalesco, teniendo como único compañero de su extrañamiento un perrillo flácido y pulgoso que halló en su camino.

María y sus camaradas se dirigieron a uno de los restaurantes de moda y pronto se contagiaron de la alegría que flotaba en el ambiente.

Unos caballeros invitaron a cenar a las muchachas y éstas aceptaron, sin despojarse de los antifaces. Entre aquéllos se encontraba el conde de Frinlair, personaje muy conocido en los círculos mundanos y del que se contaban los mayores atrevimientos y las más complicadas historias de amor.

Comieron y bebieron, sobre todo, abundantemente y a medida que avanzaba el banquete iban coloreándose las mejillas de las mujeres y aumentaban las audacias de los hombres. Estos pidieron a sus casuales compañeras que descubriesen sus rostros y todas, menos María, así lo hicieron. Viendo que los ruegos no bastaban para que la linda costurera mostrara el

suyo, el conde de Frinlair le despojó audazmente del antifaz. Al contemplar la belleza de la desconocida, hablaron en el ánimo del conde todos sus malos instintos.

En aquel momento entró en el restaurant Enrique Berville, brillante oficial de caballería de la Guardia Real, quien se dirigió a la mesa donde las grisetitas alternaban con el conde de Frinlair y sus amigos. Saludó a los caballeros y se quedó charlando con ellos.

Frinlair se acercó a María y mirándola con descarada lascivia, la preguntó:

—Soy el conde Frinlair, conocido en todo París. ¿No ha oído usted hablar de mí?

Y sin aguardar respuesta, asió a la muchacha por la cintura e intentó besarla. María defendióse bravamente y en la lucha quedaron desgarrados sus vestidos.

Al darse cuenta de la bellaquería de su amigo, intervino Enrique Berville, separando bruscamente al conde Frinlair, reprobando su acción con palabras enérgicas. Y como el conde lo tomara a broma, le dirigió un insulto que motivó la formalización de un duelo.

María abandonó el restaurant y Enrique Berville salió tras ella. Al estar en la calle se brindó a acompañarla a su casa. Aceptó la muchacha, confiada en la nobleza demostrada por aquel hombre. Enrique, durante el trayecto, procuró consolarla del disgusto que había recibido por la actitud del licenciado y por el desgarrar de su rico vestido. La atractiva belleza de la joven y el recato de su actitud habían cautivado la simpatía de Berville.

Al llegar a la puerta de su habitación, María

se despidió del oficial, lamentando todavía su desgracia.

—Va ve usted—le dijo—. Yo soy una pobre costurera. Este traje no era mío y no podré entregarlo, ¡Qué haré, Dios mío!

Iba a ofrecerse Enrique a la compungida joven, pero ésta había entrado rápidamente en su cuarto.

Abstraídos ambos jóvenes en la conversación, no repararon en que, mientras ellos subían las escaleras, una sombra se deslizaba del cuarto de la costurera y al notar la presencia de los que ascendían se había ocultado en un recodo con muestras de gran azoramiento. Al abandonar la casa Enrique Berville, la sombra descendió lentamente y conteniendo el aliento se inclinó para mirar por la cerradura de la puerta de la habitación de María. Tan agitada estaba la desconocida—pues era una mujer—que no notó que se le caía al suelo un paquete que ocultaba en su seno. Bajó quedamente las escaleras y con paso rápido desapareció en las sombras de la noche.

Poco después regresaba a la casa, Juan, el trapero, con su compañero de aquella noche.

—¡Pobrecito mío!—hablaba al sucio animal, que llevaba metido en su cesto—. Mi cama es grande y cabremos los dos.

Al llegar delante de la habitación de su hija adoptiva, advirtió en el suelo algo que le pareció un diario doblado. Lo cogió con la punta del palo en que se apoyaba y lo arrojó al cesto.

Ya en la boardilla, acomodó al perro a los pies de su catre, tapándolo amorosamente con



—¡Pierre Garroussel! ¡Asesino de Jacques Diderot! ¡Ha llegado la hora de tu castigo...

unos trapos y abrió el paquete, que se le había antojado un periódico. Y con gran estupefacción vió que contenía diez mil francos en billetes.

—¡Esta sí que es buena!—exclamó—. Si aparece el dueño los entregaré. Si no... nunca le vendrán mal a un pobre trapero.

Y con esta filosofía se echó a dormir.

Entretanto María se afligía al ver que no podría entregar el vestido, roto e inservible. Pensó que la dueña del mismo se querellaría contra ella y, en su exaltada fantasía, vió, como término de todo aquello, la cárcel.

—¡No, antes morir!—pensó. Y dispuesta a ello quiso asfixiarse con los gases desprendidos de la cocina. Cerró puertas y ventanas y encendió el carbón. Una atmósfera irrespirable la ahogaba y un intenso mareo la producía desmayos y angustias infinitas...

De pronto la sobresaltó el llanto de un niño cerca de ella. La sorpresa y la emoción la dieron fuerzas para llegar hasta su cama y al levantar el embozo vió atónita un lindo bebé recién nacido, que con sus gritos parecía protestar de aquel ambiente envenenador.

Cogió en brazos a la criatura. La asfixia entorpecía sus movimientos y con pasos de ebria quiso llegar hasta la ventana. Tropezó en la mesa de trabajo y la llama del quinqué, volcado con el golpe, incendió las ropas, aumentando la densidad de la atmósfera.

Juan despertó, a su vez, preso de un gran malestar cuya causa era el humo que, al filtrarse por las rendijas de la puerta, atacaba su garganta. Apercibiéndose de la causa del

mismo, bajó los cuatro escalones que separaban su cuarto del de María y quiso entrar. Pero la puerta, cerrada por dentro, resistía su desesperado empuje. Armado de un hacha hizo saltar en astillas el obstáculo, llegando a tiempo de salvar la vida de la costurera.

Desde aquel día el padre Juan y María dedicaron sus cuidados y sus preferencias a aquel niño que de modo tan misterioso les había sido confiado...

III

El Barón Hoffmann vivía con su hija Clara en su magnífico palacio de los Campos Elíseos.

Aunque se le recibía en todas partes, nadie sabía a ciencia cierta el origen de su fortuna ni de su título.

Aquella noche el Barón se paseaba agitado y nervioso por su elegante despacho. A medida que pasaba el tiempo, aumentaba su desasosiego.

—Ya está ahí, señor—dijole uno de sus criados.

El Barón entró en las habitaciones interiores y poco después, llevando en brazos un niño envuelto en ropas, se dirigió al gabinetito donde le aguardaba la señora Potard, una comadróna de sucia historia, alcahueta y trapisondista.

Clara, descompuesta y llorosa, seguía a su padre en actitud de desesperada súplica.

—¡Por Dios, no me quites a mi hijo!—clamaba la infeliz.

Pero el Barón, sin hacer caso de sus lamentos, entró donde le aguardaba la Potard y entregándole el niño y un fajo de billetes, la habló, autoritario:

—Ahí tiene usted eso y ya sabe cual es su obligación.

La odiosa mujer abandonó el palacio, dirigiéndose a los barrios bajos de la ciudad. Por ser una de las más apartadas y solitarias, escogió la casa en que habitaban el traperero y María, y al cerciorarse de que en el cuarto de ésta no había nadie en aquellos momentos, entró en él y depositó al niño en la cama de la costurera.

Su sorpresa y su rabia fueron indecibles cuando al huir de la casa, donde estuvo a punto de ser descubierta por el oficial Enrique Berville, se apercibió de que había perdido los diez mil francos con que el Barón Hoffmann había comprado su complicidad.

A la mañana siguiente el pundonoroso oficial presentóse a deshora en el palacio del Barón. Este le recibió con la mejor de sus sonrisas, pues estaba muy interesado en arreglar el matrimonio de Berville con su hija Clara, a la que había abandonado meses antes el conde Frinlair, con el cual había mantenido relaciones, y del que ella estaba muy enamorada, a pesar de la traición del Conde que se había deshecho de su novia después de haberla deshonrado.

Enrique Berville manifestó a su presunto suegro que le necesitaba para padrino del duelo concertado con el conde Frinlair. El Barón no pudo negarse al requerimiento.

—Se trata de una joven costurera, llamada María Didier, a la que intentó atropellar ese malvado.

El Barón palideció al oír el nombre de la hija adoptiva de Juan.

Dos horas después regresaban al palacio. Les recibió Clara, que saludó fríamente al prometido que su padre le quería proporcionar.

El Barón comentaba en alta voz el desafío, pues tenía especial interés en que Clara desechara sus últimas esperanzas de reanudar sus relaciones con el hombre que amaba.

—No esté usted tan triste, Enrique. Al fin y al cabo venció usted, matando al conde de Frinlair.

Al oír la noticia, Clara, desesperada, cogió una de las pistolas que habían servido para el desafío y apuntó al pecho de Enrique Berville. La casualidad de interponerse en aquel momento entre el oficial y ella el Barón, detuvo a Clara en sus propósitos de muerte.

Poco tiempo después de abandonar Berville el palacio de Hoffmann, se presentó en el mismo la Potard.

Al estar delante del Barón, dió rienda suelta a sus amarguras:

—¡Qué desgracia, señor Barón! ¡Se me ha perdido el dinero que me dió! Al dejar el niño en una casa, vi subir a un oficial que acompañaba a una joven, y sin duda con el susto y la agitación se me cayeron los diez mil francos. ¡Ay, señor Barón!...

Hoffmann relacionó hechos. Aquel oficial no podía ser otro que Enrique y el acompañar a la joven suponía conocimiento entre ambos.

Era preciso que si Enrique estaba enamorado de María Didier, por la que se acababa de batir, terminaran aquellas relaciones.

—¡Vamos! ¡Basta de lamentaciones! Atiéndame bien, y ya sabe que si no me obedece, puedo perderla. Conozco bien su pasado, Potard... Es preciso difamar a esa joven que vió usted. Si atiende mis órdenes yo la recompensaré espléndidamente.

La repugnante arpía, por temor y por ambición, se dispuso a cumplir los deseos del Barón. Y al efecto, se dirigió a la casa de María.

A la puerta de la misma y en un cajón, convertido en cuna, estaba el niño, a quien María y el traperero acariciaban con sus mejores mimos y ternuras.

—Padre Juan, yo me voy a entregar unos vestidos. Esté usted con el niño entretanto.

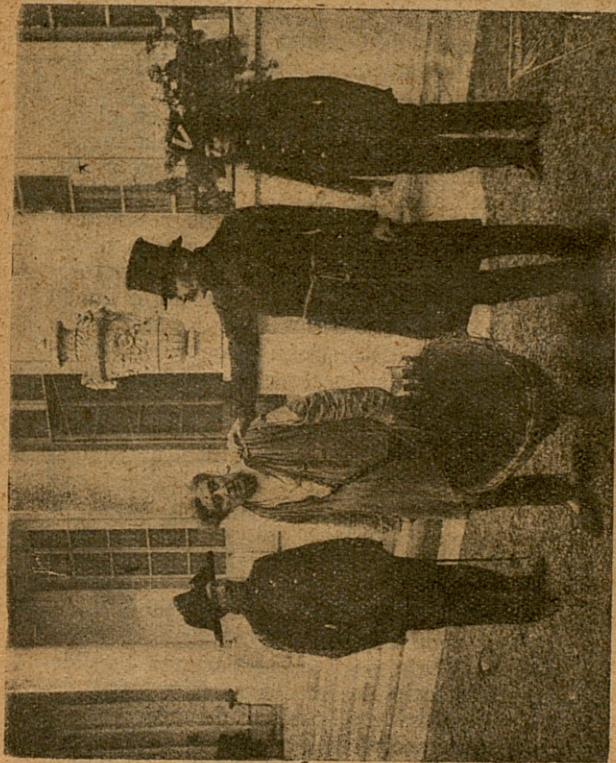
El buen traperero, convertido en ama seca, se dispuso a cuidar al pequeño.

Un vecino llamó a grandes gritos a Juan.

—¡Oye! ¡Aquí hay algo que te interesa!— decía mostrándole un diario.

Acercóse el traperero y leyó lo que se le indicaba. Era un anuncio contestando al que Juan había puesto en algún diario para ver si aparecía el dueño de los diez mil francos. El aviso daba la dirección de la Potard.

La astuta comadrona que había estado presenciando aquella escena, aprovechando la ausencia de María y el alejamiento del traperero, llegóse hasta donde estaba el niño con intención de apoderarse de él. Pero en aquel momento llegó Enrique Berville que iba a preguntar por María.



En la calle fue detenido por la policía. Iba a expiar todos sus crímenes...

La taimada Potard aprovechó la coyuntura y al preguntar el oficial si estaba la costurera, respondió:

—No; se ha ido, como siempre, dejando abandonado a este niño, que es su hijo... Es una...

Berville sintió como una punzada en el corazón al oír aquello. ¡El que se había imaginado a María una muchacha ingenua y pura!... Montó de nuevo en su caballo y partió...

Entonces la Potard cogió al niño y ocultándolo debajo de su mantón escapó a toda prisa.

¡Cuál fué la sorpresa del buen trapero y luego la de María al no hallar el niño en su sitio! Sobre todo la costurera se desesperaba y lloraba amargamente. Juan procuraba consolarla y la prometía buscar al pequeño aunque fuese en el fondo de la tierra.

El Barón Hoffmann al saber que la Potard ya había sustraído al niño, quiso perjudicar aún más la reputación de María Didier, y al efecto hizo presentar una denuncia contra la muchacha por abandono del pequeño.

Unas horas después la policía se presentaba en casa de María.

—¿Dónde está el niño que usted tenía?—interrogó el comisario.

Y como María no pudiese dar una explicación satisfactoria de la desaparición, fué detenida y conducida a la cárcel de mujeres, con gran desesperación de Juan, que se propuso salvarla seguidamente por todos los medios.

Al día siguiente, Enrique Berville, enterado de la prisión de María, quiso verla en la cárcel.

Al salir la muchacha al locutorio, miróla

con infinita ternura, pues, sin saber por qué, le atraía la bella costurera. Y con acento dolorido la recriminó dulcemente:

—¡María! ¿Por qué no me dijo usted que tenía un hijo?

Al oír María hablar del niño, que era su obsesión, y al que creyó muerto, se desmayó en brazos de las monjas que hasta allí la habían acompañado...

IV

Juan, el trapero, de acuerdo con lo que rezaba el anuncio del diario, fué a ver a la Potard en su domicilio.

Salió a abrirle la misma comadrona, con esa desconfianza habitual en los que no juegan limpio en los actos de su vida. Al enterarse del objeto de la visita, hizo pasar al trapero, con grandes zalemas y muestras de contento.

El aspecto de la casa y el exterior de la Potard no agradaron mucho a Juan, quien concibió enseguida sospechas respecto a la odiosa vieja.

—¿De modo que usted encontró el dinero?—le interrogó la Potard, reflejando en su mirada sus ansias por recuperarlo.

—Y ¿dígame usted!—insinuó Juan—. ¿Cómo se las ha arreglado una persona de la posición de usted para ganar tanto dinero?

La Potard, algo desconcertada, daba explicaciones incoherentes.

Juan, dispuesto a averiguar la verdad, sacó el fajo de billetes y con uno de ellos, que pren-

dió en la llama del quinqué, encendió su pipa.

—¿Qué hace?—gritó la arpía—. ¡Deme el dinero, que es mío! ¡Démelo!

El trapero, sin inmutarse, siguió:

—Y si usted no me dice la verdad de lo que le pregunto, los quemó todos en la cocina.

Y con los billetes en la mano se dirigió al fogón.

—¡No! ¡No!—aullaba la Potard—. ¡Ya se lo diré!

Y dirigiéndose a un cajón sacó su monedero y de éste un papel, que entregó al trapero. Era una carta de Clara Hoffmann en la que le ofrecía recompensar a la Potard si le llevaba el niño.

—¡Con esto tengo bastante!—dijo Juan guardándose el papel—. Y en cambio, tome usted.

Cogió la Potard el paquete que le entregaba y Juan se lanzó a la calle.

Con furiosa desesperación y rabia impotente vió la trapiondista mujer que su visitante le había dado *el cambiazo*. Y en lugar de los anhelados billetes sólo había unos pedazos de papel...

Juan, sin pérdida de momento, se dirigió a casa del Barón Hoffmann, llegando en el momento en que Enrique Berville salía del palacio.

Dirigióse a éste, demandándole justicia, pero Enrique, sin saber quien era ni de quien se trataba, no le hizo mucho caso, diciéndole que pasara por su casa.

El trapero insistió con los criados para ver al Barón Hoffmann.

—Señor—dijo a éste uno de ellos—. Ahí fuera hay un hombre de aspecto miserable que dice ha de hablar con el señor de algo muy importante.

El Barón, extrañado de aquella visita, pero con la conciencia intranquila y temeroso siempre de se descubriesen sus torpes manejos, se prestó a recibir al solicitante.

—Haced que pase aquí.

Y en efecto, Juan fué conducido a la presencia del pseudo-aristócrata.

Hoffmann reconoció seguidamente al trapero. Procuró disimular su turbación e invitó a Juan a que hablara.

—Vengo a pedir justicia. Mi hija está en la cárcel, siendo inocente. Usted va a salvarla; de lo contrario yo estoy dispuesto a todo, ¿sabe usted? Sé mucho más de lo que usted se figura. Sólo le diré que me envía una tal Potard. ¿La conoce?

El Barón tembló al oír aquello. Pero hombre de recursos y sin escrúpulos, pensó sacar partido de la situación. Le interesaba conocer las intenciones del trapero.

Pretextando una ocupación urgente y prometiendo volver enseguida, abandonó su despacho. Llamó a su ayuda de cámara y le dijo confidencial:

—Es preciso que hagas beber a ese hombre hasta embriagarlo. Cuando esté *en su punto*, ya entraré yo.

Cumpliendo la orden, el criado entró en el despacho llevando en una bandeja varias botellas de añejos vinos y variados manjares.

—El señor Barón no tardará en volver—

dijo ceremonioso a Juan—. Y me ha encargado obsequie al señor como se merece.

—¡Caramba! No me trataste con tanto miramiento al entrar.

El trapero, no acostumbrado a aquellas deliciosas bebidas, iba ingiriendo, sin apercibirse, más líquido del que su cabeza podía resistir serena.

—¡Este es de treinta años!—recomendaba el criado.

Juan, perdido el equilibrio, se apoltronó en un butacón, fumando un descomunal cigarro.

El Barón creyó llegada la oportunidad de entrar e hizo una seña al criado para que se retirara.

Al quedar solos, una sonrisa de triunfo contrajo levemente los labios de Hoffmann.

—¡Bueno! ¿Qué desea usted?

—Que saque a María Didier de la cárcel.

—¿Y si me niego?

—Tengo en mi poder pruebas definitivas contra usted. ¡Mire!

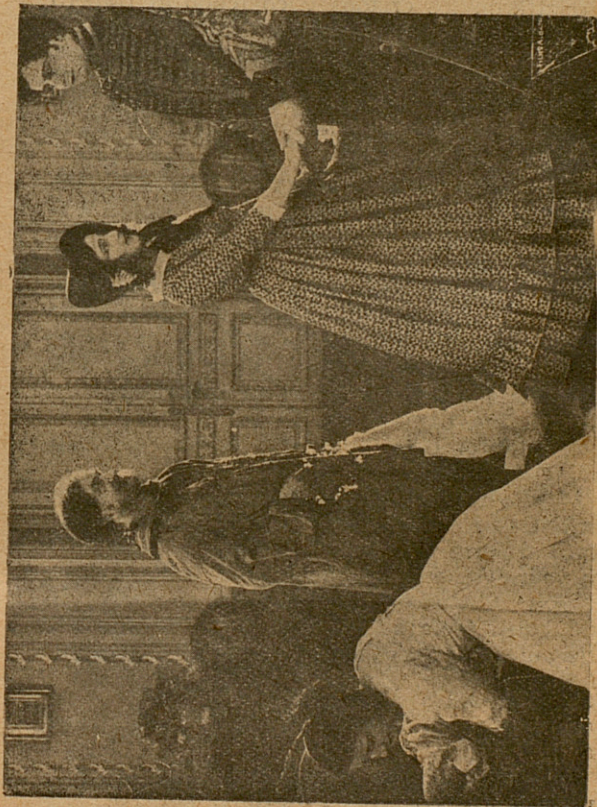
Y sacó la carta que le entregó la comadrona.

El Barón intentó arrebatársela; hubo una corta lucha y Hoffmann de un certero puñetazo tendió a Juan sin sentido. Registrados los bolsillos y al hallar en uno de ellos la cartera de Didier, el asesinado junto al Sena, pensó servirse de ella como de un arma para perder al trapero. Cogió la carta que escribiera Clara a la Potard y salió a llamar a los criados.

—Coged a ese hombre y conducidlo a la primera comisaría. Es un asesino peligroso...

Entretanto Juan había vuelto en sí.

—Conozco tus puños, Pierre Garrouse, y



... y tomándole dulcemente una mano, cantó en sus oídos la eterna canción de la vida...

ahora pagarás juntas todas tus maldades.

Entraron los criados y cogiendo al trapero por debajo de los hombros lo llevaron casi en vilo por las calles para entregarlo a la policía.

Pero durante el camino logró Juan escapar de sus guardianes, haciendo intervenir en su favor a varios transeuntes con sus gritos de demanda de auxilio.

Inmediatamente se dirigió al Comisario de Policía, y fueron tan concretas las revelaciones que hizo, que el magistrado se decidió a obrar rápidamente.

Un grupo de policías, a sus órdenes, entraron en el domicilio de la Potard y después de revolverlo todo hallaron oculto al niño que la comadrona había robado a María Didier. Fué detenida la infame y Juan consiguió una orden de libertad para María.

Esperó el buen trapero a la puerta de la cárcel la salida de la presa.

—¡ Padre Juan !—clamó María, y en los brazos de su padre adoptivo lloró lágrimas de ventura al verse libre y al saber que el niño vivía y podría tenerlo de nuevo a su lado.

Sólo un pensamiento turbaba su dicha. El de haber perdido la estimación de Enrique Berville, que la consideraba rea de faltas que no había cometido...

V

En el palacio del Barón Hoffmann se celebraba una fiesta suntuosa. Tenían lugar los esponsales de Clara con el oficial de caballería Enrique Berville.

Clara Hoffmann, vestida de novia, tenía el aspecto de quien se sacrifica; Enrique Berville, la indiferencia del que hace dejación de su voluntad.

Con todo sigilo se acercó un criado al Barón y deslizó en su oído:

—¡ Señor ! La policía tiene cercada la casa.

El pseudo Barón, aturdido por la noticia y temeroso de lo que iba a ocurrir, pasó a su despacho y comenzó a revolver papeles y destruir documentos.

Dos personajes hicieron irrupción en escena: El trapero Juan y María Didier.

Los invitados quedaron extrañados y suspensos.

Juan llegó al despacho y, encarándose con el falso aristócrata, le dijo:

—¡ Pierre Garrouse ! ¡ Asesino de Jacques Didier ! ¡ Ha llegado la hora de tu castigo !

El asesino, anonadado, con fiebre de espanto y temblores de azogado, hubiera deseado huir hasta de sí mismo.

—¡ Toma !—añadió Juan, y entregándole unos pantalones raídos y un blusón, obligó a vestírselos.

—¡ Así te corresponde ir !

El asesino de Didier abandonó el palacio con la cabeza gacha y el desaliento de la impotencia. En la calle fué detenido por la policía. Iba a expiar todos sus crímenes...

María Didier, dirigiéndose a Clara Hoffmann,

—Tome usted, señora, lo que es suyo—dijo entregándole el niño.

Clara lo cogió con arrebatos maternos.

—¡Esto es lo que yo quería!—exclamó.

Enrique Berville se acercó a María Didier, la humilde obrera que le había hecho sentir las primeras emociones de un afecto desinteresado y sincero, y tomándole dulcemente una mano, cantó en sus oídos la eterna canción de la vida...

—¡Te adoro! ¡Tú me has hecho aprender el camino de la verdadera felicidad!...

FIN

OBRAS MAESTRAS DEL CINE

Deseosa la empresa de EL CINE de corresponder al favor constante que el público viene dispensando a OBRAS MAESTRAS DEL CINE, tiene establecido un sorteo mensual de regalos. En cada número de esta publicación se incluye una hermosa postal con el retrato de uno de los más famosos artistas de la pantalla.

Dichas postales, que van numeradas, dan derecho a tomar parte en el sorteo mensual de una fotografía directa, con marco, de populares intérpretes del arte mudo.

El sorteo se hace en combinación con la Lotería Nacional que se juega el 1.º de cada mes, correspondiendo los regalos a los números de la Lotería Nacional sobre los que recaigan los premios mayores.

Los regalos consisten en un artístico retrato de gran tamaño, con un precioso marco, de uno de los más populares actores cinematográficos, al poseedor de la postal cuyo número sea igual al que corresponda el primer premio, y dos elegantes cajas de polvos de arroz Kram, que son los preferidos por las más bellas artistas de la pantalla, a los poseedores de las postales cuyos números sean iguales a los premiados con el segundo y tercer premios.

Como se da el caso de que el tiraje de OBRAS MAESTRAS DEL CINE excede con mucho, men-

sualmente, a treinta mil ejemplares, cifra a que alcanzan los números de la Lotería Nacional, al llegar las postales de esta novela cinematográfica al número 30.000, se volverá a empezar por el uno y se darán tantos premios como poseedores haya de los números premiados.

NUMEROS PUBLICADOS

- 1.º *Almas en venta*; 2.º *En el Palacio del Rey*;
- 3.º *Pedrucho*; 4.º *El terremoto*; 5.º *Lecciones de amor* (postal de Gloria Swanson); 6.º *Bavu, el bolchevique* (extraordinario; postal de Thomas Meighan); 7.º *Manual del Perfecto Casado* (postal de Pola Negri); 8.º *Tigre Blanco* (postal de Charles Ray); 10. *El hombre de Río Perdido* (postal de Charles Roche); 11. *La Reina de Saba* (postal de Jacqueline Logan); 12. *El tesoro de la carabela* (postal de Edmund Lowe); 13. *El huésped de media noche* (postal de Rodolfo Valentino); 14. *Si las mujeres mandasen* (postal de Viola Dana); 15. *La Cachorrilla* (postal de Antonio Moreno); 16. *La desposada de nadie* (postal de Bárbara La Marr); 17. *Supremo tesoro* (postal de J. Warren Kerrigan); 18. *Tenorio por carambola* (postal de Margarita La Motte); 19. *Amor de madre* (extraordinario, postal de Ramón Novarro); 20. *El padre Juanico*—Mossen Janot—, (postal de Alice Terry); 21. *Por los que amamos* (postal de Hoot Gibson); 22. *El valor de la virtud* (postal de Priscilla Dean); 23. *La Indomable* (postal de Norman Kerri); 24. *Mary Rosa* (postal de Laura La Plante); 25. *La torre de Nesle* (extraordinario; postal de Lon Chaney); 26. *El escándalo del pueblo* (postal de Mary Philbin); 27. *Contra la ley* (postal de Gladys Walton); 28. *Un escándalo bancario* (postal de Roy Stewart); 29. *No hay fuego sin trampa* (postal de Virginia Valli); 30. *El pobre Valbuena* (postal de Herbert Rawlinson); 31. *Bajo la púrpura cardenalicia* (postal de Frank Mayo); 32. *Una dama de calidad* (postal de Baby Peggy); 33. *Resurrección* (postal de Jane Mercer).

PUBLICACIONES DE "EL CINE"

La Dama de las Camelias

Adaptación a la pantalla de la inmortal obra de Dumas, realizada por Alla Nazimova y Rodolfo Valentino; 68 páginas de nutrida lectura con profusión de fotograbados. 50 céntimos.

Para ser bella

Utilísimo volumen que contiene interesantes consejos escritos por las más célebres artistas cinematográficas indicando el modo de adquirir y conservar la belleza, con lecciones prácticas de maquillaje, manicura, preceptos higiénicos, recetario, etc., etc., con magníficos grabados. — Precio: 2 pesetas.

Almanques de «El Cine» de 1923 y 1924

Curiosos volúmenes llenos de artículos e informaciones de interés para los aficionados. — Precio: 1'50 pesetas.

Historia de Mussolini y del fascismo

Estudio acabadísimo de la figura del eminente estadista. Su vida y su obra. Fundamentos espirituales e ideario político del fascismo. — Precio: 30 cént.

Novelas

Amenísima colección de la famosa autora Carlota M. Braeme publicadas en la revista *El Cine*:

Dora. — *Corazón de oro*. — *Azucena*. — *Casada con dos maridos*. — *Por el pecado ajeno o lucha de amor*. — Precio: 2 pesetas tomo.

Cantares

Tomo I. — 500 cantares amorosos (declaraciones, ternezas, requiebros, ponderaciones y serenatas).

Tomo II. — 500 cantares alegres (burlas, desprecios, desdenes, baturradas y disparates). — Precio: 1 peseta tomo.

Música

36 cuadernos lujosamente editados de «Música Popular» con más de 700 páginas de música de gran éxito en los últimos años: 30 pesetas.

45 álbumes de *El Cine* conteniendo unas 700 composiciones musicales muy populares: 35 pesetas.

Cuentos de Vida y Amor

Interesantísima colección de cuentos y novelitas sentimentales del ilustre escritor Vicente Díez de Tejada. — Precio: 3'50 pesetas.

Album n.º XXXVI de Música Popular

Dedicado al célebre y genial Alvaro Retana, que es a la vez un músico notable, exquisito y un artista de renombre universal. — Precio: 2 pesetas.

EN PRENSA

Cantares

Tomo III. — 500 cantares tristes (penas, ausencia, celos, desengaños, carceleras, soledades y saetas).

Manual de técnica cinematográfica

Indispensable tomo para los artistas, aficionados, técnicos y cuantos se preocupen por la cinematografía en todos sus aspectos. Contiene interesantísimos detalles acerca del origen del cinematógrafo, la cámara toma vistas y sus accesorios, la película virgen, el «studio», el artista, los trucos, el argumento, el laboratorio, la proyección, la electricidad y el cine; directorio de manufacturas, directores y artistas, etc., etc.

Adquiera usted inmediatamente la colección de

OBRAS MAESTRAS DEL CINE

pues algunos números están a punto de agotarse.

Los pedidos a la administración de *EL CINE*, Pelayo, 62, Barcelona.

OBRAS MAESTRAS DEL CINE

En el próximo número esta popular novela cinematográfica publicará la magnífica película, marca «Universal»

Venganza Cumplida

magistralmente interpretada por Herbert Rawlinson.

Postal de Margaret Morris.

Concesionario exclusivo de venta para España

LIBRERIA ITALIANA

Rambla Cataluña, 125

BARCELONA

Dentro de breves días

OBRAS MAESTRAS DEL CINE

publicará el primer volumen de su colección de superproducciones con la adaptación novelesca de la grandiosa película:

LA TRAGEDIA DEL "FOLIES BERGERE"

Un tomo de 128 páginas, lujosamente encuadernado, 1 peseta.

Imp. GARROFÉ; Villarroel, 12 y 14. - BARCELONA

Lea usted
la revista popular ilustrada

EL CINE

El semanario ideal para
las familias

20 céntimos número

...

Suscripción:

2'50 pesetas

trimestre

con derecho a un elegante álbum de música GRA-
TUITO con las 16 composiciones más populares
de la temporada



PUBLICACIONES «EL CINE»
Pelayo, 62-Teléf. 4128 A.
BARCELONA

Imp. Villarreal, 12 y 14